

Sin sociedad con sus semejantes, insolidario para con todos, está en favor y en contra de todos los hechos, de todas las opiniones, de todos los partidos. Un descubrimiento, una ciencia es á sus ojos una máquina de guerra contra la cual se guarda y fortifica; una máquina que quisiera destruir á ménos de poder emplearla para matar á sus concurrentes. Un artista, un sabio es á sus ojos un artillero que sabe manejar las piezas: cuando no puede adquirírsele, trabaja por corromperle. El comerciante está convencido de que la lógica es el arte de probar segun se quiera lo verdadero y lo falso: él es quien ha inventado la venalidad política, el tráfico de las conciencias, la prostitucion de los talentos, la corrupcion de la prensa. Sabe encontrar argumentos y abogados para todas las mentiras, para todas las iniquidades. Es el único que no se ha hecho jamás ilusiones sobre el valor de los partidos políticos: los cree todos igualmente explotables, es decir, igualmente absurdos.

Sin respeto alguno por las opiniones que tiene declaradas, opiniones que deja y vuelve á tomar sucesivamente; censurando ágriamente en los demás las faltas de lealtad de que se hace culpable, miente en sus reclamaciones, miente en sus noticias, miente en sus inventarios; exagera, atenúa, encarece; se mira como el centro del mundo, y cree que, excepto él, todo tiene una existencia, un valor y una verdad relativas. Sutil y astuto en sus tratos, hace mil estipulaciones y reservas, temiendo siempre haber dicho demasiado y no haber dicho bastante; abusando de las palabras con los hombres sencillos, generalizando para no comprometerse, especificando para no conceder nada, da mil vueltas al asunto, y lo piensa siete veces para su capisayo ántes de decir su última palabra. ¿Ha cerrado ya el trato? Se relee, se inter-

preta, se comenta, se tortura por encontrar en cada partícula de su contrato un sentido profundo, y en las frases más claras lo contrario de lo que dicen.

¡Qué arte infinita, qué hipocresía en sus relaciones con el obrero! ¡Desde el simple maestro hasta el empresario en grande, qué bien saben explotarle! ¡Cómo saben hacer disputar el trabajo á fin de obtenerle á bajo precio! Ya logran que el obrero les haga una comision por una simple esperanza; ya obtienen otro servicio personal por una vana promesa; ya obligan al desgraciado á que se contente con el más vil salario, presentándole y haciéndole reconocer el trabajo que le dan como un ensayo, como un verdadero sacrificio, puesto que al decir de ellos no necesitan nunca de nadie; ya tienen con él exigencias y le imponen recargos sin cuento que recompensan haciendo cuentas las más expoliadoras y falsas. Y es preciso que el obrero calle y se humille y apriete los puños debajo de su blusa, porque el maestro es al fin quien da y reparte el trabajo, y harto felices son los que pueden obtener el favor de sus picardías. ¡Y esa odiosa manera de estrujar al pobre, tan espontánea, tan natural, tan libre de todo superior impulso, porque no ha encontrado aún la sociedad medio de impedirle, de reprimirla ni de castigarla, se atribuye á la presion social! ¡Qué despropósito!

El comisionista es el tipo, la más elevada expresion del monopolio, el resúmen del comercio, ó lo que es lo mismo, de la civilizacion. No hay funcion social que no dependa de la suya, no participe de ella ó no se le asemeje; porque como bajo el punto de vista de la distribucion de las riquezas, las relaciones entre los hombres se reducen todas á cambios, es decir, á trasportes de valores, se puede decir que la civilizacion está personificada en el comisionista.

Ahora bien, interrogad á los comisionistas sobre

la moralidad de su profesion; os hablarán de buena fe y os dirán que la comision es oficio de bandidos. Se queja todo el mundo de los fraudes y falsificaciones que deshonoran la industria: el comercio, hablo sobre todo de la comision, no es más que una gigantesca y permanente conspiracion de monopolistas que están sucesivamente en concurrencia ó coaligados; no es ya una profesion ejercida con la mira de un beneficio legítimo, sino una vasta organizacion de agiotaje, así sobre todos los objetos de consumo, como sobre la circulacion de las personas y los productos. La estafa en esa profesion está ya tolerada: ¡qué de cartas de porte recargadas, raspadas, falsificadas! ¡qué de sellos fabricados! ¡qué de averías arteramente disimuladas ó fraudulentamente transigidas! ¡qué de mentiras sobre la calidad de los artículos! ¡qué de palabras dadas, luego retractadas! ¡qué de documentos suprimidos! ¡qué de intrigas y coaliciones! y luego ¡que de traiciones!

El comisionista, es decir, el comerciante, es decir, el hombre, es jugador, calumniador, charlatan, venal, ladron, falsario.....

Este es el efecto de nuestra sociedad llena de antagonismos, dicen los neo-místicos. Otro tanto dicen los comerciantes, siempre los primeros en denunciar la corrupcion del siglo. A oírles, lo que hacen no son más que puras represalias, y lo hacen aún á pesar suyo; siguen la ley de la necesidad, se hallan en el caso de legítima defensa.

¿Se necesita un grande esfuerzo de ingenio para ver que esas recriminaciones mútuas tocan á la naturaleza misma del hombre; que la pretendida perversion de la sociedad no es más que la del hombre mismo, y que la oposicion de los principios y de los intereses es sólo un accidente, por decirlo así exterior, que pone de relieve, pero sin influencia nece-

sitante, no sólo lo negro de nuestro egoismo, sino tambien las raras virtudes con que se honra nuestra especie?

Comprendo la concurrencia inarmónica y sus irresistibles efectos de eliminacion: hay en esto fatalidad. La concurrencia en su expresion más elevada es el encadenamiento por el cual se sirven recíprocamente los trabajadores de sosten y estímulo. Pero ínterin no se realice la organizacion que ha de elevar la concurrencia á su verdadera naturaleza, permanecerá siendo una guerra civil en que los productores, en vez de ayudarse recíprocamente en el trabajo, se aniquilarán y destruirán los unos á los otros con el trabajo. El riesgo era aquí inminente; el hombre para conjurarle tenia esa suprema ley del amor, y nada más facil que, sin dejar de empujar en interés de la produccion la concurrencia hasta sus últimos límites, reparar luego por medio de una distribucion equitativa sus mortíferos efectos. Léjos de eso, esta concurrencia anárquica ha venido á ser como el alma y el espíritu de los trabajadores. La economía política habia entregado al hombre esta arma de muerte, y él ha disparado: se ha servido de ella como el leon de sus garras y de sus fauces para matar y devorar. ¿Cómo, pues, repito, ha podido cambiar un accidente puramente exterior esa naturaleza humana que se supone buena, dulce y social?

El tabernero llama en su ayuda las heladas, el magnesio, el piral, el agua y los venenos: agrava con combinaciones suyas los efectos destructores de la concurrencia. ¿De dónde nace tanta saña? Del ejemplo, decís, que le da su concurrente. Y á ese concurrente, ¿quién le mueve? Otro concurrente. Daremos de esta suerte la vuelta á la sociedad, y nos encontraremos con que la masa, y en la masa, cada individuo en particular, son los que por un tácito

acuerdo de sus pasiones, orgullo, pereza, avaricia, desconfianza y envidia, han organizado tan detestable guerra.

Después de haber agrupado á su rededor los instrumentos de trabajo, la materia fabril y los obreros, el empresario ó fabricante debe volver á encontrar en el producto, con los gastos que haya desembolsado, el interés de sus capitales y además un beneficio. A consecuencia de ese principio, ha concluido por ser definitivamente aceptado el préstamo con interés, y ha pasado siempre por legítima la ganancia considerada en sí misma. En este sistema, no habiendo advertido por de pronto el gobierno de las naciones la contradicción íntima del préstamo con interés, el hombre asalariado, en lugar de depender directamente de sí mismo, debía depender de un maestro, como el hombre de armas dependía del conde, y la tribu del patriarca. Esta constitución era necesaria, y hasta el momento de establecerse la igualdad completa, podía ser suficiente para el bienestar de todos. Pero cuando el maestro, á impulsos de su desordenado egoísmo, ha dicho á su servidor: No tendrás parte en mis beneficios, y le ha quitado de un golpe trabajo y salario, ¿dónde está la fatalidad? ¿dónde la excusa? ¿Se apelará al *apetito irascible* para justificar el *apetito concupiscible*? ¡Cuidado! ved que si para justificar al ser humano bajais un grado más en la escala de sus concupiscencias, en vez de salvar su moralidad acabais con ella. Yo por mi parte, prefero el hombre culpable al hombre fiera.

La naturaleza ha hecho social al hombre: el espontáneo desarrollo de sus instintos tan pronto hace de él un ángel de caridad, como le quita todo sentimiento fraternal y hasta la idea de sacrificio. ¿Se ha visto jamás que ningún capitalista, cansado de ganar, trabajase por el bien general ni hiciese de la

emancipación del proletariado su última especulación? Hay muchas gentes favorecidas por la fortuna á quienes no falta más que la corona de beneficencia. Ahora bien, ¿qué tendero hecho rico se pone á vender al precio de coste? ¿qué tahonero al retirarse de los negocios deja su clientela y su establecimiento á sus oficiales? ¿qué farmacéutico, al ir á dejar su oficio, vende sus drogas por lo que valen? Cuando la caridad tiene sus mártires, ¿cómo no tiene también sus apasionados? Si se formase de repente un congreso de rentistas, de capitalistas y de empresarios retirados, pero aptos aún para el servicio, á fin de que ejercieran gratis cierto número de industrias, la sociedad quedaría en poco tiempo reformada de arriba abajo. ¡Pero trabajar por nada!... esto es para los Vicentes de Paul, para los Fenelones, para todos esos hombres de alma desinteresada y de corazón pobre. El hombre enriquecido por las ganancias, será concejal, individuo de la junta de beneficencia, oficial de las salas de asilo: desempeñará todas las funciones honoríficas, menos la que únicamente sería eficaz, pero que repugna á sus hábitos. ¡Trabajar sin esperanza de provecho! esto no es posible, porque esto sería destruirse. Lo desearía quizá, pero no tiene valor para tanto. *Video meliora proboque; deteriora sequor*. El propietario retirado, es verdaderamente ese buho de la fábula que recoge fabucos para sus mutilados ratones, en tanto que llega la hora de devorarlos. ¿Cabe aún acusar á la sociedad de esos efectos de una pasión aumentada por tan largo tiempo, y tan libre y plenamente?

¿Quién, pues, nos explicará ese misterio de un ser múltiple y discordante, capaz á la vez de las más altas virtudes y los más espantosos crímenes? El perro lame á su amo que le pega, porque la naturaleza del perro es la fidelidad, y esta naturaleza no la

pierde nunca. El cordero se refugia en los brazos del pastor que le desuella y le come, porque el carácter inseparable de la oveja es la paz y la dulzura. El caballo se lanza al través de la llamas y de la metralla, sin tocar en su rápida carrera á los heridos ni á los muertos que encuentra tendidos á su paso, porque el alma del caballo es inalterable en ser generosa. Estos animales son para nosotros mártires de su naturaleza constante y desinteresada. El criado que defiende á su amo con peligro de su vida le vende y le asesina por un poco de oro: la casta esposa mancha su lecho por tédio ó por ausencia del marido, y encontramos en Lucrecia á Mesalina; el propietario, sucesivamente padre y tirano, remonta y restaura á su arruinado colono, y rechaza de sus tierras á su familia harto numerosa, aumentada bajo la fe del contrato feudal; el hombre de armas, espejo y parangon de caballería, hace de los cadáveres de sus camaradas un escabel para subir. Epaminondas y Régulo trafican con la sangre de sus soldados: ¡qué de pruebas de esto no han pasado por mis ojos! y por un contraste horrible, la profesion del sacrificio es la más fecunda en bajezas. La humanidad tiene sus mártires y sus apóstatas: ¿á qué, repito, es preciso atribuir esta excision?

Al antagonismo de la sociedad, se me dice siempre: al estado de separacion, de aislamiento, de hostilidad con sus semejantes en que ha vivido hasta aquí el hombre; en una palabra, á esa enajenacion de su corazon que le ha hecho tomar los goces por el amor, la propiedad por la posesion, la pena por el trabajo, la embriaguez por la alegría; á esa falsa conciencia, por fin, cuyo remordimiento no ha dejado de perseguirle bajo el nombre de *pecado original*. Cuando el hombre, reconciliado consigo mismo, cese de mirar á su prójimo y la naturaleza como poten-

cias hostiles, amará y producirá por la sola espontaneidad de su energía; tendrá la pasion de dar, como tiene hoy la de adquirir; y buscará en el trabajo y la abnegacion su única felicidad, su supremo deleite. Siendo entónces el amor real y exclusivamente la ley del hombre, la justicia no será ya más que un vano nombre, recuerdo importuno de un período de violencia y de lágrimas.

No desconozco, ciertamente, ni la realidad de ese antagonismo, ó, si quereis llamarle así, de esa enajenacion religiosa, ni tampoco la necesidad de reconciliar al hombre consigo mismo: toda mi filosofía se reduce á una perpétua serie de reconciliaciones. Reconocéis vosotros por vuestra parte que la divergencia de nuestra naturaleza constituye los preliminares de la sociedad, por mejor decir, el material de la civilizacion, y este es justamente el hecho; pero nótese bien, el hecho indestructible cuyo sentido busco. Estaríamos muy cerca de entendernos, si en vez de considerar la disidencia y la armonía de las facultades humanas como dos períodos distintos, separados y consecutivos en la historia, consintiéseis en no ver en ellos conmigo sino las dos fases de nuestra naturaleza, siempre adversas, siempre en camino de reconciliacion y nunca del todo reconciliadas. En una palabra, así como el individualismo es el hecho primordial de la humanidad, la asociacion es su término complementario; pero ambos están en constante manifestacion, y la justicia es eternamente en la tierra la condicion del amor.

Así el dogma de la caída no es sólo la expresion de un estado particular y transitorio de la razon y la moralidad humana; es la confesion espontánea en estilo simbólico de ese hecho tan maravilloso como indestructible, la culpabilidad, la inclinacion al mal de nuestra especie. ¡Desgraciada de mí pecadora! ex-

clama en todas partes y en todas lenguas la conciencia del género humano. *¡Væ nobis quia peccavimus!* La religion, concretando y dramatizando esta idea, ha podido poner más allá del mundo y de la historia lo que es íntimo y está inmanente en nuestra alma: no ha padecido en esto sino una ilusion intelectual; no se ha engañado sobre el carácter esencial y perenne del hecho. Ahora bien, este es el hecho de que se trata siempre de dar razon; y desde ese punto de vista vamos á interpretar el dogma del pecado original.

Todos los pueblos han tenido sus costumbres expiatorias, sus sacrificios de arrepentimiento, sus instituciones represivas y penales, nacidas del horror y del sentimiento que inspira el pecado. El catolicismo, que construyó una teoría donde quiera que la espontaneidad social habia expresado una idea ó depositado una esperanza, convirtió en sacramento la ceremonia á la vez simbólica y efectiva por la que el pecador manifestaba su arrepentimiento, pedia á Dios y á los hombres perdon de su falta, y se preparaba para una vida mejor. Así no vacilo en decir que la reforma, desechando la contricion, ergotizando sobre la palabra *metanoia*, atribuyendo á la sola fe la virtud justificativa, y quitando por fin á la penitencia el carácter de sacramento, dió un paso atrás y desconoció completamente la ley del progreso. Negar no era responder. Los abusos de la Iglesia reclamaban sobre este punto como sobre tantos otros una reforma; las teorías de la penitencia, de la condenacion, de la remision de los pecados y de la gracia contenian, si puedo decirlo así, en estado latente todo el sistema de la educacion de la humanidad; convenia indudablemente desarrollarlas, irlas racionalizando; pero desgraciadamente Lutero no supo más que destruir. La confesion auricular era una degradacion de la pe-

nitencia, una demostracion equívoca sustituida á un grande acto de humildad; Lutero agravó la hipocresía papista reduciendo la confesion primitiva ante Dios y ante los hombres (*exomologoumai tō thēō.... kai hūmin adelphoī*) á un soliloquio. Perdióse por lo tanto el sentido cristiano de la penitencia, y sólo tres siglos más tarde fué restaurado por la filosofia.

Puesto que el cristianismo, es decir, la humanidad religiosa, no se ha podido engañar sobre la REALIDAD de un hecho esencial á la naturaleza humana, hecho que ha designado con las palabras de *prevaricacion original*, interroguemos ahora al cristianismo, á la humanidad, sobre el SENTIDO de este hecho. No nos dejemos sorprender ni por la metáfora ni por la alegoría: la verdad es independiente de las figuras. Y por otra parte ¿qué es para nosotros la verdad sino el incesante progreso de nuestro espíritu de la poesía á la prosa?

Examinemos por de pronto si esta idea, cuando menos singular, de una prevaricacion original, no tiene su correlativa en alguna parte de la teología cristiana. Porque la idea verdadera, la idea genérica, no puede resultar de una concepcion aislada: está forzosamente en una serie.

El cristianismo, despues de haber fijado como primer término el dogma de la caida, ha seguido su pensamiento, afirmando que cuantos morian en ese estado de impureza estaban irrevocablemente separados de Dios y condenados á suplicios eternos. Ha completado luego su teoría conciliando esas dos oposiciones con el dogma de la rehabilitacion ó de la gracia, por el cual toda criatura nacida en el ódio de Dios queda reconciliada con él por los méritos de Jesucristo, que la fe y la penitencia hacen eficaces. Así corrupcion esencial de nuestra naturaleza y perpetuidad del castigo, salvo el rescate por medio de la

participacion voluntaria en el sacrificio de Cristo: tal es en suma la evolucion de la idea teológica. La segunda afirmacion es una consecuencia de la primera, y la tercera es una negacion y una trasformacion de las otras dos; porque siendo, en efecto, necesariamente indestructible un vicio constitutivo, la expiacion no puede ménos de ser eterna como él, á ménos que un poder superior no venga por medio de una completa regeneracion á romper el sello de la fatalidad y hacer cesar el anatema.

El espíritu humano, tanto en sus fantasías religiosas como en sus teorías más positivas, no tiene más que un método: una misma metafísica ha producido los misterios cristianos y las contradicciones de la economía política; la fe, sin que lo sepa, depende de la razon; y nosotros, exploradores de las manifestaciones divinas y humanas, tenemos derecho á examinar en nombre de la razon las hipótesis de la teología.

¿Qué ha visto, pues, en la naturaleza humana la razon universal formulada en dogmas religiosos, cuando construyendo una teoría metafísica tan regular, ha afirmado sucesivamente la *ingenuidad* del delito, la eternidad de la pena y la necesidad de la gracia? Los velos de la teología empiezan á ser tan transparentes, que se va pareciendo del todo á una historia natural.

Si concebimos la operacion por la que se supone que el Ser Supremo ha producido todos los séres, no ya como una emanacion de la fuerza creadora y de la sustancia infinita, sino como una division ó diferenciacion de esa fuerza sustancial, se nos presentará cada sér, orgánico ó inorgánico, como el representante especial de una de las innumerables virtualidades del sér infinito, como una escision de lo absoluto; y la solucion de todas esas individualidades,

flúidos, minerales, plantas, insectos, peces, aves y cuadrúpedos, será la creacion, será el universo.

El hombre, compendio del universo, resume y sincretiza en su persona todas las virtualidades del sér, todas las escisiones de lo absoluto; es la cumbre en que esas virtualidades, que no existen más que por su divergencia, se reunen en haz, aunque sin penetrarse ni confundirse. El hombre es, pues, á la vez por esa agregacion espíritu y materia, espontaneidad y reflexion, mecanismo y vida, ángel y bruto. Es calumniador como la víbora, sanguinario como el tigre, gloton como el cerdo, obsceno como el mico; y desinteresado y leal como el perro, generoso como el caballo, trabajador como la abeja, monógamo como la paloma, social como el castor y la oveja. Es además hombre, es decir, racional y libre, susceptible de educacion y de perfeccion. El hombre tiene tantos nombres como Júpiter, y los lleva inscritos en su cara: su infalible instinto acierta á conocerlos en el variado espejo de la naturaleza. La razon halla hermosa la serpiente; sólo la conciencia la encuentra aborrecible y fea. Los antiguos habian comprendido lo mismo que los modernos esta constitucion del hombre por aglomeracion de todas las virtualidades terrestres: los trabajos de Gall y de Lavater fueron, si puedo expresarme así, sólo ensayos de disgregacion del sincretismo humano, y la clasificacion que hicieron de nuestras facultades sólo un cuadro en pequeño de la naturaleza. El hombre, por fin, como el profeta en la cueva de los leones, está verdaderamente entregado á las bestias; y si algo debe revelar á la posteridad la infame hipocresía de nuestra época, es que ciertos sabios, espiritualistas devotos, hayan creído servir la religion y la moral desnaturalizando nuestra especie y haciendo mentir á la anatomía.

No se trata, pues, más que de saber si está en manos del hombre, á pesar de las contradicciones que multiplica á su alrededor la emision progresiva de sus ideas, dar más ó ménos vuelo á las virtualidades puestas bajo su imperio, ó como dicen los moralistas, á sus pasiones; en otros términos, si como el Hércules antiguo, puede vencer la animalidad que le rodea y asedia, la legion infernal que parece siempre dispuesta á devorarle.

Ahora bien, el consentimiento universal de los pueblos atestigua, y llevamos demostrado en los capítulos 3.º y 4.º, que el hombre, hecha abstraccion de todas sus instigaciones animales, se resume en inteligencia y libertad, es decir, ante todo en una facultad de apreciacion y de eleccion, y además en una facultad de obrar indiferentemente aplicable al bien y al mal. Hemos demostrado además que estas dos facultades, que ejercen la una sobre la otra una influencia necesaria, son susceptibles de un desarrollo y de una perfectibilidad indefnida.

El destino social, la palabra del enigma humano, está en las de EDUCACION, PROGRESO.

La educacion de la libertad, el amansamiento de nuestros instintos, la emancipacion ó la *redencion* de nuestra alma, este es, como ha probado Lessing, el sentido del misterio cristiano. Esta educacion durará toda nuestra vida y toda la vida de la humanidad: podrán llegar á resolverse las contradicciones de la economía política, jamás la contradiccion íntima de nuestro sér. Esta es la razon por que los grandes maestros de la humanidad, Moisés, Budha, Jesucristo, Zoroastro, fueron todos apóstoles de la expiacion, símbolos vivos de la penitencia. El hombre es por su naturaleza pecador, es decir, no esencialmente *maléfico*, sino *malhecho*; y su destino es reconstituir perpétuamente su ideal en su alma. Profundo senti-

miento de esto tenia el más grande de los pintores, Rafael, cuando decia que el arte consiste en hacer las cosas, no como las ha hecho la naturaleza, sino como habria debido hacerlas.

A nosotros nos toca, pues, en adelante enseñar á los teólogos, porque nosotros solos continuamos la tradicion de la Iglesia, nosotros solos poseemos el sentido de las Escrituras, de los Concilios y de los Santos Padres. Nuestra interpretacion descansa en lo que hay de más cierto y más auténtico, en la mayor autoridad que cabe invocar entre los hombres, la construccion metafísica de las ideas y de los hechos. Sí, el sér humano es vicioso porque es ilógico, porque su constitucion no es más que un eclecticismo que mantiene sin cesar en lucha las virtualidades del sér, independientemente de las contradicciones sociales. La vida del hombre no es más que una transaccion continúa entre el trabajo y la fatiga, el amor y el goce, la justicia y el egoismo; y el sacrificio voluntario que de sus atracciones inferiores hace al órden es el bautismo, que prepara su reconciliacion con Dios y le hace digno de la union beatífica y de la felicidad eterna.

El objeto de la economía social, al procurar incessantemente el órden en el trabajo y favorecer la educacion de la especie, es, pues, hacer en lo posible por medio de la igualdad la caridad supérflua, esa caridad que no sabe mandar á sus esclavos; ó por mejor decir, hacer brotar, como una flor de su tallo, la caridad de la justicia. ¡Y bien! si la caridad pudiese crear la felicidad entre los hombres, lo hubiera ensayado hace mucho tiempo; y el socialismo, en vez de buscar la organizacion del trabajo, no habria tenido más que decir: ¡Cuidado, que faltais á la caridad!

Pero ¡ay! la caridad en el hombre es mezquina,

vergonzante, blanda, tibia: tiene para obrar necesidad de elixires y de aromas. Por esto ha abrazado el triple dogma de la prevaricacion, la condenacion y la redencion; es decir, el dogma de la perfectibilidad por medio de la justicia. La libertad acá en la tierra necesita siempre de ayuda, y la teoría católica de los favores celestiales viene á completar esa demostracion harito real de las miserias de nuestra naturaleza.

La gracia, dicen los teólogos, es en el órden de la salvacion todo socorro ó medio que pueda conducirnos á la vida eterna.—Esto es decir que el hombre no se perfecciona, ni se civiliza, ni se humaniza sino con el incesante socorro de la experiencia, con la industria, la ciencia y el arte, con el placer y el dolor; en una palabra, con todos los ejercicios del cuerpo y del espíritu.

Hay una gracia *habitual*, llamada tambien *justificante* y *santificante*, que se concibe como una cualidad que reside en el alma, contiene las virtudes infusas y los dónes del Espíritu Santo, y es inseparable de la caridad.—En otros términos, la gracia habitual es el símbolo de las atracciones hácia el bien, que llevan al hombre al órden y al amor, le permiten domar sus malas inclinaciones, y le dejan dueño de sí mismo. La gracia *actual* indica los medios exteriores que favorecen el vuelo de las pasiones de órden, y sirven para combatir las pasiones subversivas.

La gracia, segun San Agustin, es esencialmente gratuita, y precede en el hombre al pecado. Bossuet ha repetido esta idea con su estilo lleno de poesía y de ternura: *Cuando Dios hizo las entrañas del hombre, puso primeramente en ellas la bondad*.—La primera determinacion del libre albedrío está efectivamente en esa *bondad* natural, por la que el hombre se siente incesantemente impulsado hácia el órden,

el trabajo, el estudio, la modestia, la caridad y el sacrificio. San Pablo ha podido por lo tanto decir, sin atacar el libre albedrío, que respecto á todo lo que toca al cumplimiento del bien, *Dios opera en nosotros el querer y el hacer*. Porque todas las aspiraciones santas están en el hombre ántes de que piense y sienta; y no le pertenecen, es decir, no están bajo su dominio ni el disgusto que experimenta al violarlas, ni el deleite que le inunda al cumplirlas, ni los muchos estímulos que le vienen de la sociedad y de su propia educacion.

La gracia toma el nombre de gracia *eficaz*, cuando la voluntad va al bien con alegría y amor, sin vacilaciones y de una manera irrevocable.—Todo el mundo ha visto algunos de esos trasportes del alma que deciden de repente una vocacion, un acto de heroismo. No perece en ellos la libertad; pero por sus predeterminaciones puede decirse que era inevitable que así se decidiere el alma. No han tenido razon los pelagianos, los luteranos y otros, cuando han dicho que la gracia compromete el libre albedrío y mata la fuerza creadora de la voluntad; puesto que todas las determinaciones de la voluntad vienen necesariamente, ó de la sociedad que la sostiene, ó de la naturaleza que le abre la carrera y le señala su destino.

Pero no se han engañado ménos extrañamente los agustinianos, los tomistas, los congruistas, Jansenio, el P. Tomásino, Molina, etc., cuando sosteniendo á la vez el libre albedrío y la gracia, no han visto que hay entre estos dos términos la misma relacion que entre la sustancia y el modo, y han confesado una oposicion que no existe. Es de necesidad que la libertad, como la inteligencia, como toda sustancia y toda fuerza, esté determinada; es decir, tenga sus modos y sus atributos. Ahora bien, al paso

que en la materia, el modo y el atributo son inherentes á la sustancia, contemporáneos de la sustancia; en la libertad, el modo es resultado de tres agentes, por decirlo así, exteriores: la esencia humana, las leyes del pensamiento, la educacion ó el ejercicio. La *gracia*, por fin, como su opuesto la *tentacion*, indica el hecho mismo de la determinacion de la libertad.

En resúmen, todas las ideas modernas sobre la educacion de la humanidad, no son más que una interpretacion, una filosofía de la doctrina católica de la gracia; doctrina que no pareció oscura á sus autores sino á consecuencia de sus ideas sobre el libre albedrío, que creian amenazado desde el punto en que se hablaba de la gracia ó de la fuente de sus determinaciones. Nosotros, por lo contrario, afirmamos que la libertad, indiferente por sí misma á toda clase de modalidades, pero destinada á obrar y á formarse con arreglo á un orden preestablecido, recibe su primer impulso de Dios, que le inspira el amor, la inteligencia, la fortaleza, la resolucion y todos los dones del Espíritu Santo, y luego la entrega al trabajo de la experiencia. Síguese de ahí, que la gracia es y no puede ménos de ser *premoviente*; que sin ella el hombre es incapaz de toda especie de bien; y que, sin embargo, el libre albedrío cumple espontáneamente, con reflexion y eligiendo los medios, su propio destino. No hay en todo esto ni contradiccion ni misterio. El hombre, como tal, es bueno; pero del mismo modo que el tirano pintado por Platon, que fué tambien un doctor de la gracia, el hombre lleva en su seno mil mónstruos que ha de vencer por el culto de la justicia y de la ciencia, la música, la gimnástica y todas las gracias de ocasion y de estado. Con corregir una definicion de San Agustín, toda esa doctrina de la gracia, famosa por las dispu-

tas que suscitó y dieron nacimiento á la Reforma, se presenta resplandeciente de claridad y de armonía.

Y ahora el hombre ¿es Dios?

Siendo Dios, segun la hipótesis teológica, el sér soberano, absoluto, altamente sintético, el yo infinitamente sabio y libre, y por consecuencia, indefectible y santo; es óbvio que el hombre, sincretismo de la creacion, punto de union de todas las virtualidades físicas, orgánicas, intelectuales y morales manifestadas por la creacion misma, perfectible y falible como es, no llena las condiciones de la Divinidad, cuya concepcion está en la naturaleza de su espíritu.

Ni es Dios, ni puede viviendo llegar á ser Dios.

Con ménos razon son Dios la encina, el leon, el sol, el universo mismo, escisiones de lo absoluto. De un solo golpe quedan destruidas la antropolatría y la fisiolatría.

Trátase ahora de hacer la contraprueba de la teoría que acabamos de exponer.

Hemos apreciado la moralidad del hombre desde el punto de vista de las contradicciones sociales. Vamos á apreciar á su vez y desde el mismo punto de vista la moralidad de la Providencia. En otros términos, Dios, tal como lo presentan á sus adoradores la especulacion y la fé, ¿es posible?

§ II. Exposicion del mito de la Providencia. — Retrogradacion de Dios.

Los teólogos y los filósofos, entre las tres pruebas que acostumbran á dar de la existencia de Dios, ponen en primera línea el consentimiento universal.

He tomado en cuenta este argumento, cuando sin rechazarlo ni admitirlo me he preguntado: ¿Qué afirma el consentimiento universal cuando afirma la existencia de Dios? Y á propósito de esto debo recordar, que la diferencia de religiones no prueba que el